

miento de Bakunine, por cuya boca hablaban sin duda el comunismo eslavo y el nihilismo ruso.

Durante el año de mil ochocientos setenta, continuaron los progresos de la Internacional, que hizo prosélitos en Portugal, en Dinamarca y al otro lado del Atlántico. En Suiza se fundó una sección rusa; en Pest comenzó á publicarse la *Gaceta Universal de los trabajadores*; en todas las naciones se multiplicaron los periódicos socialistas. El cambio de política y las vacilaciones de Napoleón III, que parecían anunciar la conmoción y próxima caída del régimen imperial, exaltaron la actividad del partido revolucionario. De las dos ideas que habían dado nacimiento á la asociación obrera, la de perseguir el alza de los salarios por medio de la coalición y la huelga, y la de transformar el orden social por la fuerza en caso preciso, se sobrepuso la segunda en su forma más violenta. Al declararse la guerra franco-alemana, la Internacional protestó, y cuando la indignación del pueblo de París barrió el imperio napoleónico, después del desastre de Sedán, se produjo en todas las secciones, incluso las alemanas, una corriente de simpatía en favor de la República francesa. El cinco de Septiembre, los demócratas-socialistas alemanes, reunidos en Berlín, publicaron también un manifiesto, en donde se leía este pasaje, que merece ser recordado: «Interesa á Alemania ajustar con Francia una paz honrosa y aceptable. Se pretende que la anexión de la Alsacia y la Lorena nos preservará de una nueva guerra con Francia: es un error: esa anexión convertirá la guerra en institución europea y eternizará el despotismo militar en la nueva Alemania. La paz en tales condiciones no será más que una tregua, hasta tanto que Francia se reponga. La guerra de mil ochocientos setenta lleva en sus flancos otra guerra entre Alemania y Rusia, como la guerra de mil ochocientos sesenta y seis llevaba la de mil ochocientos setenta. Á menos que sobrevenga en Rusia una revolución, cosa poco probable, la guerra ruso-alemana puede considerarse desde ahora como inevitable. Si al rebatamos á Francia la Alsacia y la Lorena, se aliará con Rusia. Inútil es mostrar las deplorables consecuencias de esta unión.»

Parece demostrado que la Internacional no tomó parte en la revolución de París de diez y ocho de Marzo de mil ochocientos setenta y uno. En la *Commune* figuraron bastantes internacionalistas, pero no á título de tales. Carlos Marx no creyó posible el triunfo de los federados, y así lo comunicó á sus amigos de Francia: por esta causa, los demagogos de la asociación acusaron «al judío alemán» de haberse vendido á Bismarck. Sin embargo, cuando la insurrección fué sofocada, muchas ramas de la Internacional y el mismo Consejo general, que residía en Londres, publicaron manifiestos demostrando sus simpatías á los «gloriosos vencidos». El socialismo «histórico-científico», de Marx, y el «violento y revolucionario», de Bakunine y otros, se aprestaban ya á entablar la lucha en el seno de la gran asociación. Los primeros en protestar de la autoridad del Consejo

general, cuya alma era Marx, muy superior á sus colegas en conocimientos y en espíritu práctico, fueron los trabajadores de algunas secciones del Locle y de la Chaux-de-Fonds, que por iniciativa de un jefe activo, llamado Guillaume, se separaron de los demás grupos de la Suiza latina, constituyendo la federación del Jura: se les dió el nombre de «federalistas» ó «autonomistas». Los «blanquistas», representantes de la tradición revolucionaria, se sublevaron también contra la teoría de la «evolución histórica», de Marx; en fin, los más descontentos eran los anarquistas, que seguían á Bakunine. El congreso de la Haya, celebrado en mil ochocientos setenta y dos, fué el campo de batalla en que chocaron estas tendencias opuestas. El combate se empeñó á propósito del Consejo general, cuyos poderes querían reducir los autonomistas hasta dejarlo convertido en una simple oficina de informaciones. Guillaume atacó directamente á Marx. Éste, sin embargo, contaba con mayoría en la asamblea, que en vez de suprimir el Consejo, le concedió el derecho de suspender las secciones y hasta las federaciones. Los blanquistas abandonaron la reunión en són de protesta. Bakunine y Guillaume, convictos de formar parte de la *Alianza*, sociedad secreta, cuyos estatutos eran opuestos á los de la Internacional, fueron expulsados de la asociación. Marx consiguió que se acordase trasladar la residencia del Consejo general á Nueva-York, so pretexto de ejercer directamente su influencia en los obreros de los Estados-Unidos, que podrían, aprovechándose de las instituciones democráticas de su país, enseñorearse del poder é implantar las reformas sociales. En realidad, Marx se proponía sustraer el Consejo á las divisiones que minaban su existencia. Del congreso de la Haya salió la Internacional herida de muerte.

Los jurarianos rehusaron someterse y convocaron en Saint-Irnier un congreso separatista, que declaró seguir considerando á Bakunine y á Guillaume como miembros de la Internacional. Por su parte, el nuevo Consejo general, instalado ya en Nueva-York, dirigió á los asociados diferentes comunicaciones, insistiendo en la necesidad de un poder central y esforzándose en demostrarles que no era con la «anarquía» por principio, como podrían combatirse las fuerzas organizadas de la burguesía. Generalizáronse, empero, las resistencias contra aquella autoridad lejana. El Consejo se defendió apelando á las excomuniones, siendo objeto de sus decretos de expulsión una sociedad de mujeres, fundada en Nueva-York por dos sacerdotisas del amor libre, la federación libre de Bruselas, la española, de Córdoba, y la de Londres; negóse, asimismo, á reconocer una federación italiana, que no se había constituido conforme á los estatutos. De este modo, la Internacional de Marx fué perdiendo toda su influencia en los países latinos, no quedándole más que algunos fieles en Inglaterra, en Alemania y en América. Para reorganizar sus fuerzas dispersas, resolvió celebrar un congreso general en Ginebra, el ocho de Septiembre de mil ochocientos setenta y tres. A su vez, los autonomistas disidentes acordaron

reunir otro en la misma ciudad el día dos. Iba, pues, á haber dos Internacionales enfrente una de otra.

En el congreso de los autonomistas se presentaron veintiocho delegados. El representante de nuestra patria fué el único que comunicó noticias favorables. En España, en efecto, existían más de setecientas agrupaciones, que sumaban cincuenta mil individuos; el apóstol de la Internacional entre nosotros había sido Bakunine. En mil ochocientos setenta y dos, el gabinete del señor Sagasta había publicado una circular, declarando que la temida asociación caía bajo la férula de los tribunales y, no contento con esto, había propuesto á las potencias una acción común contra ella, proyecto de cruzada que fracasó, por haber contestado lord Granville que el derecho de asilo admitido por las leyes inglesas no permitía á su gobierno contraer ningún compromiso. Los debates del congreso autonomista no ofrecieron nada de notable: se suprimió el Consejo general, diciéndose que cada asamblea determinara el lugar donde había de celebrarse la siguiente, quedando encargada la federación de la localidad de mantener la correspondencia, servir de mediadora y preparar el programa de la reunión. Se convino, además, en no abonar ninguna cuota. Así, ni gobierno, ni presupuesto: se había llegado casi á la perfección absoluta. Eccarius, ex-lugarteniente de Marx, pronunció el discurso de clausura, resumiendo en breves palabras la historia de la Internacional. «La antigua Internacional, dijo, cuya primera piedra se colocó en *Saint-Martins-Hall*, el veintiocho de Septiembre de mil ochocientos sesenta y cuatro, y cuyo edificio se terminó en Ginebra, en mil ochocientos sesenta y seis, ha dejado de existir. La que ahora fundamos es completamente distinta».

Los representantes del marxismo estuvieron reunidos desde el ocho hasta el trece de Septiembre. Marx no asistió. Las relaciones de los delegados mostraron que las ideas socialistas se iban extendiendo en todas partes, mas no proporcionaban nuevas adhesiones á la Internacional. Discutido el punto de si las clases obreras debían tomar parte en las luchas políticas ó bien retraerse y preparar en silencio la revolución social, se decidió lo primero, como ya se había hecho otra vez, excitando á los trabajadores á aliarse en caso preciso con la clase media, para obtener reformas útiles á sus intereses. Otra resolución muy importante fué la de adoptar, como base de la futura unión de los trabajadores, las asociaciones profesionales. Los obreros de cada oficio debían agruparse entre sí; los diversos grupos del mismo país formar una federación, representada por un comité nacional; los comités nacionales, comunicarse directamente unos con otros. Los grupos y las federaciones se prestarían mútuo apoyo; los fugitivos de cada país encontrarían fraternal acogida en los demás, y en caso de huelga, los comités impedirían á los obreros que dependiesen de sus federaciones respectivas, aceptar los ofrecimientos del capital con perjuicio de los trabajadores pertenecientes á otra asociación. Como puede advertirse, reaparecía aquí la idea madre de la Internacional, pero especializada y aplicada

por oficios. La antigua Internacional se descomponía rápidamente; de sus ruinas iba á surgir la nueva organización obrera fundada en la asociación profesional.

Los «autonomistas» celebraron un congreso en Bruselas, en mil ochocientos setenta y cuatro, y otro en Berna, en mil ochocientos setenta y seis, que apenas tuvieron de internacionales más que el nombre. En el segundo, se intentó restaurar la Internacional, convocando para el año siguiente un congreso socialista universal en Gante: el pensamiento era reconciliar á colectivistas y anarquistas. El congreso se reunió; mas en vez de llegarse á un acuerdo, la división se consumó definitivamente. El principio anárquico había cumplido su obra de disolución. Los congresos internacionales, sin embargo, continuaron. Hubo uno en Londres, en mil ochocientos ochenta y ocho, y dos en París, en mil ochocientos ochenta y nueve: el de los *marxistas* y el de los *posibilistas*, nombres con que se designan dos de los grupos más importantes del socialismo francés. Uno y otro profesan el colectivismo; pero el primero mantiene en toda su pureza los principios del autor del capital, mientras el segundo, juzgando que estamos aun muy lejos del régimen de la propiedad colectiva explotada por el Estado ó la sociedad, cree que es preciso pasar por el de la propiedad colectiva poseída por la *Commune*, contentándose con alcanzar por de pronto lo que le parece *posible*: de aquí la denominación que se le ha dado. El congreso marxista se abrió el catorce de Julio; el posibilista, el quince. Hasta aquel momento había habido la esperanza de reducirlos á uno solo; no pudo conseguirse. Entre los dos reunieron más de novecientos delegados, siendo cada uno de ellos mucho más numeroso que las antiguas asambleas de la Internacional: las naciones representadas en el marxista pasaban de veinte. La nota dominante en estos congresos fué la moderación, colocándose ambos desde el primer instante en el terreno de las soluciones prácticas. He aquí los acuerdos del marxista, que fué el más importante: «Jornada de ocho horas.—Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años. Desde los catorce á los diez y ocho, el trabajo de los jóvenes no debe exceder de seis horas al día.—Prohibición del trabajo nocturno, que sólo será permitido en aquellas industrias que, por razón de su naturaleza, exijan la continuidad de las operaciones.—Prohibición absoluta del trabajo nocturno á las mujeres y jóvenes menores de diez y ocho años.—Exclusión de la mujer de todas las industrias especialmente nocivas á su organismo.—Descanso de treinta y seis horas á la semana.—Organización de la vigilancia de la gran industria y de la industria doméstica. El Estado pagará los inspectores, cuya mitad debe ser elegida por los mismos obreros.—Prohibición de los métodos ó procedimientos perjudiciales á la salud de los obreros.—Prohibición del pago en especie.—Generalización de las medidas higiénicas adoptadas en favor de los trabajadores. Este congreso pensó también en los medios de llevar á la práctica sus resoluciones, decidiendo que, el primero de Mayo de mil ochocientos noventa, se verificasen en todos los países reuniones

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
D. A. N. L.

de obreros para realizar una gran manifestación en favor de la jornada de ocho horas, y que las asociaciones obreras y los partidos, la prensa, los diputados y los concejales adictos al socialismo, se esforzaran por conseguir que se tradujeran en leyes y preceptos reglamentarios los acuerdos de que acabamos de hablar. Los socialistas alemanes, Bebel, Liebknecht y Vollar, habían impuesto al congreso su programa, su táctica y su disciplina.

La obra del congreso de París fué continuada por los siguientes. El de Bruselas, de mil ochocientos noventa y uno, invitó á las asociaciones obreras á abrir en todos los países una información de carácter permanente, acerca de las condiciones del trabajo en relación con las leyes protectoras de los trabajadores, y á comunicarse las noticias necesarias para promover el desenvolvimiento y la unificación de la legislación industrial. Con motivo de las corrientes anti-semitas dominantes en algunos pueblos, afirmó que, para los obreros socialistas, no podían existir antagonismos de raza ó nacionalidad, y que la lucha de los proletarios, sin distinción de origen, contra los capitalistas, cualquiera que fuese su raza, debía prevalecer sobre todas las diferencias. Se manifestó contrario al trabajo por pieza ó á destajo; recomendó á los obreros que protestasen contra las guerras y las alianzas que las favoreciesen, y pidió la igualdad de derechos políticos y civiles de la mujer y el hombre. Finalmente, excitó á los obreros á sostener enérgicamente las asociaciones corporativas, y les aconsejó no abusar de las huelgas y de las prohibiciones de trabajar, por ser armas de dos filos que, empleadas sin discernimiento, eran más bien perjudiciales que beneficiosas á los intereses de la clase.

En Bruselas, como en París, y lo mismo en Zurich, en mil ochocientos noventa y tres, el socialismo se manifestó cauto y circunspecto. Los temores que despertaba le enseñaron á ser más prudente, y si sus pretensiones se contuvieran en los límites trazados por dichas asambleas, nada tendrían de alarmantes, y la mayor parte de las personas las acogían con simpatía. Gracias á estos congresos internacionales, puede decirse, como queda indicado, que ha surgido una nueva Internacional. Es menos visible que la primera, pero es más numerosa, más potente y tiene mejor organización: las asociaciones profesionales le han dado una base firmísima. No está centralizada, habiéndose negado el congreso de Bruselas á establecer el comité ó Consejo general, que algunos reclamaban; pero la unión es real, y hay hoy una confederación de nuevo género, la confederación de los trabajadores de Europa y América. Su fuerza puede llegar á ser incontrastable.

Causa verdadero asombro contemplar el desarrollo extraordinario del socialismo durante el último tercio del siglo. Con su importancia desde el punto de vista internacional, ha corrido parejas su desenvolvimiento en los distintos países. En Alemania, muerto Lassalle, la *Asociación general de los trabajadores* siguió difundiendo sus doctrinas. Sin embargo, á poco se produjo una división entre los socialistas alemanes, promovida princi-

palmente por los partidarios de Marx, que dirigían Liebknecht y Bebel. Los disidentes celebraron un congreso en Eisenach en mil ochocientos sesenta y nueve, fundando una asociación independiente, con el nombre de *Partido obrero socialista democrático*. La lucha entre las dos fracciones no perjudicó al desenvolvimiento del socialismo. Establecido por la constitución del imperio el sufragio universal para la elección de los individuos del *reichstag*, los socialistas se organizaron como partido político. Algo se había debilitado su propaganda con motivo de la guerra y del ejemplo que había ofrecido la *Commune*; pero las clases directoras parecieron proponerse justificar con su conducta los ataques del colectivismo al régimen capitalista. El desenfreno en el juego, el escándalo de las fortunas súbitas, la venalidad de las conciencias, suministraron temas excelentes á los jefes del movimiento, que eran oídos con tanta más complacencia por los obreros cuanto que la abundancia de numerario, debida al pago de la indemnización de guerra, elevando bruscamente los precios de todos los artículos, hacía su situación más penosa. Las huelgas á que recurrieron los trabajadores para reivindicar su parte en el botín, contribuían á aumentar la agitación. En las elecciones de mil ochocientos setenta y uno, los socialistas habían reunido cien mil votos; en las de mil ochocientos setenta y cuatro, sumaron trescientos cincuenta mil. Desde entonces, comenzaron á unírseles los radicales, descontentos de la timidez que demostraban los liberales nacionales y los progresistas.

El cisma que había surgido en el seno del socialismo germánico concluyó pronto. Disuelta por el tribunal de Berlín, en Marzo de mil ochocientos setenta y cinco, la *Asociación general*, lassallianos y marxistas se reconciliaron. Los jefes estaban de acuerdo desde antes, y reunido en el mes de Mayo el congreso de Gotha, se redactó el famoso programa que fué por espacio de diez y seis años el credo del socialismo alemán. Para contentar á los secuaces de Lassalle, se hablaba en el programa de la *ley de bronce* y se pedía la creación de sociedades cooperativas subvencionadas por el Estado. Marx, á quien se comunicaron las bases acordadas, las censuró con dureza; su crítica, sin embargo, no fué del dominio público hasta mil ochocientos noventa y uno. Otro congreso, celebrado también en Gotha en mil ochocientos setenta y siete, dió fuerte impulso á la organización de las huestes socialistas, que en las elecciones verificadas el diez de Enero de aquel mismo año, habían visto subir sus votos á quinientos cincuenta y nueve mil doscientos once. Alarmado el gobierno, el veinte de Mayo de mil ochocientos setenta y ocho, nueve días después del atentado de Hædel contra Guillermo I, presentó Bismarck un proyecto de ley al parlamento, *para combatir los progresos de la democracia socialista*: el *reichstag* lo rechazó. Los acontecimientos se precipitaron: el dos de Julio, Nobiling hería al emperador. Ni Hædel ni Nobiling eran socialistas; pero la reacción no ha vacilado nunca en explotar hechos de esa naturaleza para conseguir sus fines. Bismarck disolvió el *reichstag*, y el nuevo parlamento aprobó, el veintiuno de Octubre, la ley de represión del socialismo.